

# Aquellas gentes del Barrio

Relatos del Barrio de Santo Domingo



*Manuel de la Vega Zuazua*



INDICE .....	3
INTRODUCCIÓN A MODO DE DISCULPA .....	7
AQUELLAS GENTES DE OVETO .....	11
GARBY EL CHATARRERO .....	25
LOS CAMIONES DE FRUTA .....	29
A LA CAZA DEL GATO .....	33
EL FONTAN.....	37
EL TEATRO DE Michelin .....	47
EL JOYERO DEL CAMPILLÍN.....	53
E L AGORA DE LA ESQUINA.....	67
DON PEDRO EL MAGO .....	71
LA DULCE LUMITA .....	77
EDUARDO ENAMORADO.....	83
LA EXTRAÑA AVENTURA.....	89
EL MORO.....	99
EL PROYECTIL.....	105
EL DINERO DEL BANCO.....	113
BUSCANDO EL TESORO .....	117
LA AVENTURA DEL 1400 .....	123
LA SAETA .....	129
ANA LA CHURRERA .....	141
LA BOHEME.....	147

LA ABUELA DE “EL PECAS” .....	165
LA LADRONA, JOSE Y EL COMISARIO.....	173
DIA DE PLAYA.....	177
DESPERTAR AL SEXO .....	187
EL CHALET DE LOS NIÑOS RAROS .....	193
LA CACERIA DEL GLOBO .....	197
EL CONCURSO DE LA RADIO .....	205
LAS LAGARTIJAS DE MON .....	211
EL BROMISTA EMBROMADO.....	215
DESAFIO A LOS BANZONES .....	225
“PILI LABALONES” .....	229
EI TESORO DE SANTO DOMINGO .....	239
LA APARICION .....	245
LA DESPEDIDA DE SOLTERO.....	255
LAS PESCADERAS.....	269
LOS PINTORES .....	273
DIA DE LLUVIA .....	277
MISERIAS HUMANAS .....	285

*Dedicado a Ana, Sylvia, Héctor y Cesar. Mis seres más queridos, que habéis sufrido con paciencia durante la gestación de estos relatos; a un marido y padre de trece años.*

Autor: Manuel de la Vega Zuazua

Edición: HiFer Editor

Impresión: HiFer Artes Gráficas - [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

ISBN: 978-84-93903-7-3

Dep. Legal: AS-367- 2012



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.  
© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

## INTRODUCCIÓN A MODO DE DISCULPA

Cuando se alcanza la edad adulta, y con más intensidad según se acerca la vejez, las vivencias de la niñez y la juventud, llegan a nosotros con tal intensidad y frescura que adquieren superior preponderancia que las cercanas. Es, como si la pátina del tiempo que va dejando borrosos los recuerdos, llegara a un grosor tal que se desprendiera por su propio peso, dejando sucesos antiguos que creíamos completamente olvidados, tan diáfanos y definidos como si acabaran de suceder.

Generalmente el estímulo que hace aflorar a primer plano el recuerdo escondido, se produce por el enfrentamiento a una referencia de este: la visita al pueblo de la niñez, una foto de la escuela, el antiguo juguete, ese amigo que hacía mucho tiempo no veíamos...

Entonces, ¿Cual será la fuerza con que influyen los recuerdos, en la vida de la persona que ha nacido y llegado a adulto dentro del mismo entorno?...? En el mismo barrio...? Que cruza cada día, al menos en cuatro ocasiones por las calles donde se han desarrollado sus juegos. Cerca de los árboles que cien veces ha escalado. Frente a la escuela donde se han llevado a cabo sus estudios. Al lado de las personas que conoce desde siempre...

Templos, casas, tiendas, chigres, fiestas, rincones de su entorno; son mil referencias que le llevan y le traen sin una conciencia clara, a veces, de la época que en que vive. Confunde a las hijas, con sus madres de jóvenes; busca la pequeña carpintería donde (¡Hace 40años!) aquel

amable anciano le realizo un trabajo, barato y preciso; utiliza el: “-Hace poco tiempo aquí había...” Para referirse a cambios que ya se llevaron a efecto en su niñez.

Le consta, que a unos centímetros bajo el asfalto que pisa, aun siguen los adoquines que conoció, porque él mismo ha visto como se cubrían. Tiene muy fresca en la memoria la primitiva fuente, que yace bajo los cimientos de la estatua. Recuerda el túnel del ferrocarril, que aún se conserva, tapiado, debajo de las casas. Casi puede ver las vías del antiguo tranvía, extenderse por debajo de las losas de la plaza... Y, a treinta pasos del portal de su casa, coincidiendo con lo que hoy es el centro de la carretera, y a medio metro de profundidad; sabe que reposan los restos de “Toni”, ¡Su “Toni”!, el perro que años ha, fue enterrado por él mismo, con gran boato y tristeza...

Llegado a este punto, ya habrá advertido el avisado lector, que esta que se expone, es la circunstancia del autor de estos relatos y este exordio. Sírvame pues lo expuesto de alegato y disculpa, por la insolencia de pretender escribir, sin oficio ni cultura. Pero entiéndase también, que el pasar mis recuerdos y fantasías a este libro, me ha servido a modo de purgante, para vaciar la memoria de mil historias y fantasías que como fantasmas me agobiaban.

Como decía doña Lola la maestra (La abuela del Pecas):”Entre los dientes del peine de la vida, se quedan los recuerdos de la alopecia del tiempo”. Esto, pues, solo ha sido una medida de higiene. ¡¡He limpiado mi peine!!

*El autor.*



*La intención del poeta  
no es mostrar el camino, sino des-  
pertar la nostalgia.*

*HERMAN HESSE*

*La literatura y el arte im-  
portan por lo que distraen o divier-  
ten. Tomar ese aire solemne y fiero  
al hablar de ellos es una ridiculez.*

*PIO BAROJA*



## AQUELLAS GENTES DE OVETO

-¡¡Aaaaaaltó!!, ¡Pasaremos aquí la noche...! ¡Montad las tiendas y encended las hogueras, pero cuidado que no se vea la claridad desde abajo!

La orden va dirigida a un grupo de medio centenar de hombres, los más a caballo, algunos en carretas o mulos, y otros a pie, que a pesar del cansancio se aprestan a cumplir el mandato del que parece su Jefe.

El joven que ha hablado, alto y musculoso, dirige su caballo hasta el borde de la pendiente. A sus pies se extiende un vasto y espléndido valle, destino final de su largo viaje. Con la mirada va trazando un recorrido imaginario y al fin la fija, escrutadora, en un punto concreto. La cara del joven, anguloso y de duras facciones, se distiende en una amplia sonrisa:

-¡Mirad tío...¡Ahí está nuestro objetivo! –grita-. Desmonta ágil, y mientras un sirviente recoge su cabalgadura, él se acerca a la carreta de cabeza, donde ayuda a bajar a un anciano de largas y blancas barbas, al cuál había dirigido sus palabras.

-¡Fijaos...! ¡Allí abajo ...¡ -le indica- Donde termina la pendiente y se pierde el camino... en la parte alta y en su falda... se ven casas y cabañas dispersas... y rebaños... y tierras de labor. Es el poblado que se cita en el escrito. Y algo más adelante... siguiendo la cornisa de la vega que se interna en un bosque, a menos de un cuarto de legua... ¡Esta el lugar que buscamos! ¡Al fin hemos llegado!

El anciano, de noble y respetable aspecto, saca de su pecho un envoltorio y de su interior, casi con veneración, extrae un manoseado pergamino. Después de estudiarlo con atención un momento, vuelve su vista hacia el lugar que le indica su sobrino:

-...Y, como aquí escribe el soldado: “Al pie del alto monte que protege a la ciudad de los fríos y malsanos vientos del norte”. ¡Sí sobrino! Creo que después de las grandes dificultades del camino, al fin, hemos llegado al término de nuestro viaje... y con la ayuda de Dios, este vergel será nuestro destino definitivo.

Los dos hombres guardan silencio sobrecogidos por el grandioso paisaje donde se muestran todos los matices del verde.

-Pues si tío... Al fin aquí estamos –dice el más joven- Al otro lado de los montes. En la cuna de los legendarios guerreros tramontanos.

-Así es, guerreros que han sido la pesadilla de romanos, germanos, y actualmente sarracenos. ¡Los inconquistables!

-Es innegable que lo conseguido por el Caudillo de Onix, con solo unos pocos campesinos y guerreros descontentos de otros ejércitos, no tiene parangón en la historia de las batallas, pero... ¿Será también cierta la fama que les precede a lo largo de la historia?...

-Conoces mi interés por los pueblos trasmontanos, a raíz de la visita al Convento, del guerrero visigodo y me tiras de la lengua -El anciano esbozando una sonrisa se sienta en una piedra sin levantar la vista del valle, y después de un corto silencio continua- Según Tácito, Estrabòn y otros historiadores antiguos, la resistencia, el heroísmo y el amor a la independencia, de los pueblos de la cornisa Cantábrica, maravillo a la Roma de Augusto y el Emperador se vio obligado a enviar seis legiones al mando de sus mejores generales, para someter a los rebeldes. Los Vascones se rindieron pronto a la evidencia del poder de Roma, pero; Galaicos, Cántabros, y Astures tramontanos, fueron una constante preocupación, primero para Tiberio, y más tarde para Claudio, quien decidiría mandar dos legiones más para garantizar la paz.

No obstante, esto no sería suficiente para aplacar a los Astures y aun enviaría una tercera legión, La X<sup>a</sup> Gemina, la más temible, con la única misión de conseguir su sometimiento.

El joven se sienta al lado de su tío.

-Pero, ¿Porque tenía tanto interés la poderosa Roma en estas tierras?, pérdidas en el confín de Hispania, y pobladas de incultos y rebeldes campesinos que nunca molestarían al Imperio?

-Según Plinio, Roma obtenía anualmente 20.000 libras de oro de las minas del norte de Hispania, siendo de Astura la producción más importante. También de aquí se llevaron: plomo, lino, sidra, salazones... y sobre todo un pequeño caballo muy valorado por las altas jerarquías romanas, debido a su fuerza y resistencia: el Asturcón.

-¡Claro!, y todo el interés por estos lares se terminaba con la esquilación de los yacimientos. Eso explica la falta, en estas tierras del norte, de asentamientos estables.

-Así es sobrino. Las “citates” o las villas romanas, son escasas a este lado de las montañas, pues, para la explotación de los yacimientos, solo necesitaban pequeños castros rurales, cercanos a los mismos. Lucus Asturum, Gigia, y pocos más, son la excepción.

-Entonces, ¿ese Ovetto que vemos allí abajo, y del que tanto me habéis hablado como ciudad antigua?...

-Verás: Siguiendo con la opinión de Plinio, en el corazón de la Asturum tramontana que se encontraron los romanos, ya existía un Ovetto u Ovetdao de cultura celta pero de origen seguramente más antiguo. Pero, o no lo citaron en sus mapas por no ser fundación de Roma, o le cambiaron el nombre durante su dominio, y al verse libres de nuevo sus habitantes volvieron al primitivo, perdiéndose el romano como tantos otros de los que hay constancia y que hasta hoy se desconoce su ubicación... ¡Pero permíteme que siga con el hilo anterior!

La invasión germana, sin embargo, no produjo mucho rechazo en estos pueblos. En la época que tratamos las costas del norte de Hispania se habían visto castigadas por incursiones de piratas vándalos,

suevos, alanos, y la llegada de los visigodos con intenciones de conquista más convencionales pareció providencial, pues estos, además no poner mucho interés en dominar a los norteños (en el sur estaban las riquezas y el confort) su llegada masiva a la península espanto a los demás depredadores.

Mientras conversan tío y sobrino, el día se ha ido apagando, pero entre tanto el resto de los expedicionarios ya han formado y ordenado el Campamento. Ocho carretas con todo tipo de enseres y algunos pequeños animales en jaulas, han sido colocadas en forma circular, otro círculo concéntrico de este se ha formado con las tiendas, y media docena de hogueras proveen de luz y calor a este grupo de fatigados viajeros. A un extremo del campamento; caballos, mulos y algunas parejas de bueyes, disfrutan de la succulenta hierba del entorno.

Los hombres son cuarenta y siete: catorce sirvientes, cinco soldados y el resto, a pesar de que muchos de ellos portan armas; son religiosos. Veintiséis monjes que siguen al abad Fromistano y a su sobrino, el presbítero Máximo, para erigir un nuevo Convento, bajo las reglas de San Benito, “cerca del poblado llamado Oveto, a dos leguas de Lucus Asturun y seis de Gigia del Mar”, como indica el manuscrito del soldado visigodo.

Esto sucedía en el año 761, y el lugar que Máximo había elegido para plantar el campamento, desde el cual le mostraba a su tío el poblado, sería muchos años después, la zona de San Esteban de las Cruces.

Con los primeros albos del día, la expedición ya pertrechada y en formación, desciende la pendiente siempre siguiendo la cresta que les conducirá, a lo que va a ser su asentamiento. Al frente, a caballo, van: Fromistano y su sobrino, que porta el estandarte de la orden de San Benito, les siguen los Monjes en caballos y mulos, entre las carretas y a

pie van los sirvientes y cerrando la comitiva cabalgan los soldados.

El cortejo avanza solemne y ruidoso. El estrépito producido por, relinchos, goznes, ruedas y cascos, multiplicado por el suelo empedrado de la antigua calzada romana, que pisan; posiblemente no se había producido desde la pasada época de las Legiones de Octavio Augusto.

Fromistano vuelve la mirada atrás. Por el Oeste asoman las elevadas crestas, que a pesar de ser plena primavera, lucen blancos sombreros de nieve. Y hacia el Sur, las simas insondables, donde se han quedado tres compañeros expedicionarios. Contribución exigua después de largos días de lucha y dificultad contra las, casi, inexpugnables montañas.

-Tampoco serán nada fáciles los próximos años -reflexiona en silencio- Fundar un Convento en un paraje, no por grandioso menos inhóspito, supone una dura tarea.

Ciertamente que llevo soñando con este magnífico lugar treinta años. Desde que siendo muy joven llegaron al Convento tres soldados solicitando asilo para su Jefe Wilanda, al que transportaban malherido. Yo fui el encargado de su cuidado y durante la agonía, que se alargó algunos días, en su delirio hablaba constantemente de locos sueños de grandeza y del lugar maravilloso del que procedía. Al morir puso en mis manos un envoltorio que contenía su manifiesto, (más o menos el de un demente) y la descripción del sitio que había elegido para ubicar la utópica corte de su reino. Este lugar paradisiaco me obsesionó toda la vida.

El religioso vuelve de sus pensamientos al llegar a las inmediaciones del Poblado. No serán más de media docena, las casas que merezcan este calificativo, seguramente restos de un pasado más prospero. Las demás, hasta cerca del centenar, con tejados de paja y aspecto humilde parecen cabañas.

Los ladridos de los perros, que ya habían comenzado antes, se hacían ahora ensordecedores al paso de la comitiva por el pueblo. Pero

no aparecía persona alguna. Se advertían por doquier signos de reciente actividad: chimeneas humeantes, leña a medio cortar, cuadras abiertas, animales sueltos... pero ningún ser humano.

-¡Mirad tío! Se encuentran ocultos por los alrededores. El joven Máximo le indica a Fromistano algunas cabezas que se entrevén detrás de las cabañas y árboles lejanos.

-Sí, sobrino, no parecen estar muy acostumbrados a ver cruzar por su Pueblo un grupo como el nuestro; que no debe presentar un aspecto muy tranquilizador. Pero ya nos ocuparemos en otro momento de las presentaciones, ahora sigamos, que me acucia la curiosidad por llegar al lugar exacto que será nuestro emplazamiento.

-Oveto me ha decepcionado -comenta Máximo con disgusto- Por vuestras explicaciones y las de Wilanda esperaba encontrar un pueblo más próspero.

-Cierto que parece haber pasado por graves vicisitudes, pues en otro tiempo debió ser más importante. Y como ya hemos hablado, muy antiguo. Ya en el siglo primero, escribía Plinio en su Historia Natural sobre..."el celebre plomo negro "Ouetano" o "Iouetano" cuyo origen es el territorio "Ovetano" u "Ovetense." De lo que se deduce que esta Ciudad ya existía mucho antes de la llegada de Los Romanos, ya que estos la conocían de antiguo como; la Capital de la "Asturum Oppidum". Pero de este tema ya habíamos hablado.

Apenas los religiosos se han alejado doscientos metros del núcleo de Oveto, cuando la calzada que siguen se pierde en un intrincado bosque. Se internan en él con dificultad, hasta llegar a un punto donde el camino empieza a descender en dirección a la vega.

-¡¡Aaaaaaaltó...!!...

De nuevo es la potente voz del joven Máximo, la que detiene la marcha, y galopando hacia la cola de la expedición, donde vienen los soldados, se dirige a estos:

-¡Ahí!..., ¡Hacia la derecha! Se debe encontrar el antiguo campamento de Wilanda, pero en treinta años, abandonado, el bosque lo



habrá ocupado totalmente. ¡Extendeos en abanico y con las espadas abríos paso hasta dar con él! ¡Y cuando le hayáis descubierto volved a indicarnos el camino!

Al poco regresaron los soldados, para dirigir a los expedicionarios hasta los restos del Campamento Visigodo, que no se encontraba lejos. Pero, salvar con hombres y carretas los pocos metros que les separaba de este, supusieron duras horas de lucha contra el intrincado bosque, que parecía inexpugnable.

El lugar donde se encontraban las ruinas, sorprendió por su belleza a los viajeros, y no decepcionó en absoluto al Abad Fromistano; que tantas veces a lo largo de casi una vida, se lo había imaginado. Desde la planicie donde se encuentran, el terreno discurre en suave pendiente hasta la extensa vega que discurre a sus pies; verde, limpia, fértil, y prometedora de grandes cosechas y sanos animales... y allí, encima, hacia la izquierda... el elevado monte que les protegerá de las heladas y el pedrisco.

Las siguientes horas, hasta el ocaso, se ocupan en trabajar sin descanso hasta conseguir un espacio libre de zarzas y suficiente para plantar las tiendas y ordenar el Campamento. Más tarde, con todos los hombres en torno a las hogueras y después de haber comido y orado, el abad Fromistano se dirige a los expedicionarios:

-¡Al fin estamos en el lugar que os había prometido!...Como veis esto es un vergel, que, además, cumple con las demás premisas que buscábamos: cerca de un Poblado, pues necesitaremos mucha ayuda para construir el Monasterio; lejos de los musulmanes, enemigos de nuestra religión; y al amparo del Rey Católico Fruela I -y levantando más la voz sigue- ¡¡A partir de hoy, día 16 de abril siendo la era de 761, comienza nuestra historia en Ovetto, al servicio de Dios Nuestro Señor!!.

Los expedicionarios que rodean al anciano gritan emocionados:

-¡Gracias a Dios!

-¡Alabado sea el Señor!

-¡Gloria a ti, que guiaste nuestros pasos!

El Abad solicita silencio y sigue:

-¡Mañana nos presentaremos a nuestros vecinos y más tarde comenzaremos a explanar y roturar el espacio que ocuparán las construcciones!... ¡Montano, acércate! -el anciano se dirige a uno de los religiosos que se aproxima- Tú serás nuestro cronista. Contarás como llegamos a un lugar cerca de Ovetto, y de que forma se limpió y roturó el espacio, no poseído por nadie desde los tiempos del visigodo Wilanda, y se allanó y despojó del bosque que crecía. Y que, como es sabido, todo esto se hace en nombre de Dios y por mandato del abad Fromistano, que juntamente con su sobrino el presbítero Máximo y demás monjes y sirvientes, fundarán en este sitio, la iglesia de San Vicente, diácono y mártir de Jesucristo.

Tras una leve pausa, de nuevo se dirige a todos en general:

-¡Sabéis que hemos arribado a este lugar siguiendo el escrito de un soldado visigodo que lo había ocupado durante tres años, hasta que fue expulsado y perseguido por el Caudillo Pelayo! ¡Pero casi ninguno conocéis el texto íntegro!... ¡Es como sigue!:

“¡Yo, El Gran Wilanda, jefe de este destacamento, me erijo en dueño y señor del lugar que ocupo y media legua en su entorno, esto es, incluida la ciudad de Ovetto. Y así, desde hoy, todo ello será el Ovetto de Wilanda!

¡Juntamente con los treinta soldados que me escoltan renegamos del Gobierno de Gigia y el de Onix; y de todo vínculo con esas urbes. Y tomaremos nuevas mujeres Ovetanas!

¡Haré que los hombres de Ovetto trabajen para edificar la fortaleza y Cerca de piedra, que usaré como Palacio. Así también, adiestraré a los dichos hombres como soldados y venderé sus haciendas para reclutar más soldados y esclavos!

¡Con este pequeño ejército conquistaré Lucus Asturum y más tarde Gigia y algunas Villas cercanas, donde tomaré esclavos; y ya más

poderoso, derrotaré al Caudillo Pelayo, ya viejo. Y es notorio que seré el Rey de los visigodos. Y todos hablarán del poderoso Wilanda!”

¡Al manifiesto del soldado le acompañaba la siguiente exposición del lugar que ocupaba:

“El paradisíaco lugar, cercano a Oveto, hallase asentado en la antigua Astura, entre Galia y Cantabria, a seis leguas de Gigia del Mar, a tres de Lucus Asturum y al pie del monte llamado Naranco, que protegerá a mi ciudad de los fríos y malsanos vientos del norte!

Observado desde el camino elevado del sur, ofrece el aspecto de una depresión! ¡Pero es notorio que se trata de una pequeña meseta, algo más baja que el poblado de Oveto; rodeada la más de ella de una fértil Vega bañada por las abundantes fuentes que fluyen de la parte alta, que ocupa toda la zona norte y este; y se extiende hasta un importante río a menos de una legua!. ¡El lugar y paisaje, todo ello es intensamente verde, sin que exista un espacio que no lo sea!

¡La antigua Ciudad cercana se levanta a ambos lados de la calzada romana que viene del sur y sigue la cresta de la vega. Y más al norte, a un sexto de legua, abrazado por el ángulo que traza la dicha vega, se encuentra el lugar plano donde construiré mi palacio! ¡Y esta ciudad, pronto será la Capital de mi Imperio!

¡Esto se pone por escrito a 730, gobernando el Caudillo Pelayo!  
¡Yo Wilanda!”

Mientras esto sucedía entre los monjes, el vecino poblado de Oveto hierve de inquietud e incertidumbre, pues el paso de la caravana les ha traído negros presagios.

Los Ovetenses se encuentran reunidos en la plaza alta que se forma al pie del edificio más importante del poblado, y miran impacientes a las ventanas de este. Al poco irrumpen en la plaza cuatro hombres, los cuales, deshaciéndose con dificultad de la gente que les interrumpe con preguntas se introducen aprisa en el palacio y entran en una gran estancia, donde un anciano escribe sentado a una mesa.

-¡Señor, es como vos temíais!, ¡Hemos seguido a los soldados y se han dirigido sin titubeos al lugar maldito!

El anciano, de porte venerable, se pone en pie y pasea por la estancia con el ceño fruncido.

-¡Dios mío ayúdanos! -piensa- ¡Hace muchos años que temía este momento!... Nunca se llegó a encontrar el cadáver del dictador y siempre tuve la certeza de que este volvería.-saliendo de su ensimismamiento se dirige a los cuatro hombres que aguardan en silencio- ¡Gracias por vuestro trabajo!...Ahora reunid a la gente de inmediato que les he de hablar.

Al poco, desde el balcón, se dirige a la multitud que espera expectante:

-¡Ovetenses!... ¡De nuevo se va a ver interrumpida la paz de nuestro pueblo!... ¡Todos sabéis que hace treinta años un vándalo criminal, abusando de nuestra amistad, cayo por sorpresa sobre nosotros y nos desarmo. Más tarde, después de esclavizarnos y violar a nuestras mujeres, asesinó a nuestros hermanos y destruyó por completo esta ciudad!... ¡Pues bien!... ¡las tropas que hemos visto esta mañana, posiblemente estén mandadas por el cruel Wilanda o algún familiar de su misma condición, ya que han acampado en el lugar que él ocupó y que nosotros hemos destruido y abandonado como lugar maldito!...

¡Aunque ahora somos un pueblo pacífico e indefenso, nunca volveremos a sufrir las vejaciones de antaño; por lo tanto, desde mañana mismo, nos aprestaremos a fabricar armas e instruirnos para la guerra... Con la ayuda de Dios expulsaremos de nuevo a Wilanda o pereceremos en el empeño...¡¡Viva Oveto!

Los Ovetanos rompen en aplausos y vítores, excitados por la arenga del anciano:

-¡Viva Oveto!

-¡Muerte a los villanos!

-¡Viva Aurelio, nuestro Gobernador!

Al día siguiente, muy de mañana, los Ovetenses se ven de nue-

vo sorprendidos por la visita de seis jinetes. Son, Fromistano, Máximo, el escribano Montano y tres monjes más; esta vez sin armas y con sus hábitos más solemnes, que vienen a presentar sus respetos a los gobernantes del Poblado.

Al poco de estar en presencia de Aurelio, gobernador de Ovetto, se ha roto el malentendido y conversan amigablemente, y ya sin tensión, sobre sus futuras relaciones.

Aurelio explica a sus huéspedes las razones de sus primeros temores ante la presencia de los extranjeros:

-A raíz del desastre de Guadalete, con la caída del Rey Rodrigo en 711 y el rápido avance del Islam; los trasmontanos Astur-cantabros y Visigodos ocupantes de las últimas ciudades romanas, también nos vimos influidos por el desorden gubernativo y social, producido por el desmembramiento del debilitado Gobierno Hispanogodo. Las primeras incursiones árabes no consiguieron demasiado, pues los montañeses Astur-godos, con Pelayo en cabeza, los hostigaron con insistencia desde las cumbres del Auseva, hasta que al fin consiguieron su derrota en la famosa batalla de Covadonga (722).

No obstante, la influencia de Pelayo aun era muy escasa, y en las ciudades Hispano-visigóticas del norte, reinaba el caos más absoluto y el terror a la vuelta de las mesnadas de Abderramán I; que ya habían conquistado el resto de Hispania. Por eso, a disgusto de los soldados, se colocaba a estos en avanzadillas fuera de las ciudades, para advertir la llegada de las huestes invasoras. Para desgracia de nuestra ciudad, aun próspera en esa época, uno de estos destacamentos, al mando del resentido y cruel Wilanda, se estableció donde ya conocéis. El siniestro personaje decidió, que esta era una buena ocasión para volver la espalda al debilitado gobierno y dedicarse a conseguir su fortuna personal a nuestra costa, esquilmandonos y esclavizándonos en su propio provecho.

Para mayor horror, los crueles soldados se llevaron como concubinas a nuestras mujeres e hijas, cambiándolas después de haberlas hecho abortar, cuando resultaban embarazadas.

El anciano se detiene escondiendo la cara entre las manos abrumado por los dolorosos recuerdos.

-Por el manifiesto de Wilanda, que llego casualmente a mis manos -interviene Fromistano dando un respiro a Aurelio- se adivina que se trata de un loco visionario, pero no se puede suponer de su lectura la crueldad de sus intenciones.

Aurelio, algo repuesto continua su relato:

-La realidad fue horrible pues, durante tres años, que duro su vecindad, nos sumió en la más miserable condición de esclavos. Y cuando un día, cansados y humillados hasta extremos inconcebibles, intentamos hacerles frente, casi sin fuerzas y sin armas; se volvieron contra nosotros con tanta violencia y ensañamiento que asolaron la Ciudad pasando por las armas a todo el que no pudo huir. Y en su locura insensata, aún la convirtieron en una gran hoguera.

Algunos de los supervivientes huidos, conseguimos llegar a Gigia y dar parte del horrible suceso, pero las autoridades, que temían al rebelde Wilanda, solo accedieron a hacer llegar la petición de ayuda hasta las montañas, donde reinaba el valiente Pelayo. A los cuatro días apareció el joven Favila, hijo del Caudillo, al frente de un pequeño ejer-

Espero que la cercana construcción de nuestro Convento, atraiga hacia estas tierras a otras gentes huidas del dominio Árabe, y en poco tiempo esto vuelva a ser la próspera Ciudad de Oveto de otra época. Pero para la realización de estos proyectos vamos a necesitar de vuestra ayuda.

Lo que más nos ha influido al elegir este lugar, aparte su belleza, ha sido la vecindad de vuestro pueblo, pues sabíamos que íbamos a necesitar: carpinteros, canteros, herreros, etc. en gran cantidad; con los que nos hubiera sido imposible viajar desde nuestra tierra. Pero se os compensara con justicia por los trabajos que realicéis. Intercambiaremos, ciencia, cultivos, conocimientos; y quizá algún día, si Dios nos ayuda, podamos construir una gran muralla que circunde Ciudad y Convento, y nos defienda de nuestros enemigos.

Como había previsto Fromistano; el Convento de San Vicente creció, adquiriendo prestigio; y con él, Oveto.

Muy pocos años después (766) Fruela I, rey de la incipiente monarquía asentada en Onix, sorprendido por la rápida transformación y estratégico emplazamiento de nuestra ciudad, hizo construir (cerca del Convento) una Iglesia dedicada al Salvador y una residencia para su mujer Múnia, con la intención de trasladar a este lugar la Corte. Pero no sería hasta el 791, cinco monarcas y una nueva incursión islámica más tarde, cuando, su hijo Alfonso II el Casto, después de algunas vicisitudes, conseguiría convertir a Oveto, en la capital de la España no musulmana, y (aliado con Carlomagno), en la cuna y visita obligada del Camino de Santiago.

Cuatrocientos años después, el Oveto primitivo (ya con el nombre de Oviedo), aún formaba parte importante de la ciudad; y la Calle del Carpio, que aún hoy se conserva, (la más antigua de la que hay constancia escrita -1.183- en Oviedo), una de las más comerciales.

Pero en el S.XIII, cuando el antiguo sueño de Fromistano y Aurelio, de levantar una muralla que uniera las dos partes de la ciudad,

parecía que sería realidad; precisamente esa cerca separó el primitivo Oviedo, del núcleo más cercano al Convento de San Vicente, convirtiendo la zona que había sido origen de la ciudad, en el Arrabal del Carpio.

Todavía deberían pasar tres siglos, (1518), hasta que, al igual que antaño Fromistano; otro religioso llegado de allende el Pajares, (el dominico Fray Pablo de León), consideró idóneo nuestro arrabal para fundar, también cerca de un bosque, y en el lugar que antes ocupara la antigua Ermita de San Pedro de Mestallón, el Convento de Santo Domingo que daría nombre a nuestro Barrio.

Ya en 1.953, año arriba año abajo; tres amigos de entre 13 y 14 años, junto a algunos otros adultos que pudieran ser cualquiera de los que hemos vivido esa época, protagonizan estos relatos, más o menos fantaseados, que intentan retratar historias y anécdotas de nuestras vidas, y las de los que con nosotros compartieron aquel añorado Santo Domingo.

FIN